

el movimiento feminista en la india

entrevista a
madhu kishwar

Madhu Kishwar, quien colabora en la revista feminista india Manushi, fue invitado a participar en la Conferencia Alternativa, dentro del marco de la Conferencia sobre la Mujer convocada por las Naciones Unidas en Copenhague, en 1980. Desde entonces ha viajado por Europa y América para dialogar con las mujeres de esas regiones e interiorizarse en sus problemas. La entrevista que a continuación reproducimos le fue hecha durante su visita a Leeds, luego de la conferencia "Beyond the fragments" (Más allá de los fragmentos) celebrada en Leeds, Inglaterra para evaluar los avances del movimiento.

Ali: ¿Cuál ha sido el desarrollo de los acontecimientos en el movimiento feminista de la india y cuál es la actitud del movimiento socialista de izquierda ante el desarrollo del feminismo?

Madhu: La pregunta es realmente difícil de contestar; en primer lugar, porque nos encontramos en una etapa histórica muy diferente y, en segundo lugar, por el legado cultural que han recibido las mujeres en nuestro país. El movimiento feminista en la India moderna surgió en el contexto colonialista. Desde sus inicios formó parte del movimiento general en pro de las reformas sociales o del Movimiento Nacional, con todo lo que esto implicaba. Por diversos motivos de índole histórica —no porque los hombres tuvieran una conciencia mayor sino más bien porque para ellos se trataba de actuar o perecer—, el problema de la mujer llegó a ocupar un lugar central en varios movimientos reformistas del siglo XIX. Las

mujeres de la India no se enfrentaban al mismo tipo de problemas que las sufragistas de entonces; a ellas las golpeaban con saña por sus actividades.

De hecho, padecíamos la exagerada preocupación de los hombres por nosotras, una preocupación que con mucha frecuencia era inadecuada. Por una parte, al convertirlo en una cuestión social y nacional, se otorgaba al problema de la mujer cierta legitimidad pero, por la otra, el movimiento, dirigido por hombres, definía los parámetros y los límites de ese problema, instaurando una tradición que nosotros aceptamos durante mucho tiempo y que, en cierto sentido, continúa siendo hoy vigente.

Nos encontramos en el punto de constitución de grupos de mujeres, lejos todavía de tener un movimiento en pleno auge que abarque la totalidad del país, como el que ya se puede apreciar en algunos países de occidente, la Gran Bretaña, por ejemplo, donde, a pesar de su fragmentación en diminutos grupos es posible hablar de un movimiento general. No hemos alcanzado esa etapa pero se dan luchas locales, reducidas, a veces muy militantes y radicales, a lo largo y lo ancho del país, y cuya característica principal es que tratan de vincularse entre sí.

Van desde la lucha de las mujeres pobres por el derecho a la tierra o por el salario mínimo, hasta la lucha contra los terratenientes, a cuyas formas de opresión se suma el sistema de castas, fundado en el esclavismo, la miseria y la dependencia extremas; la lucha contra la pobreza en los centros urbanos, donde la clase trabajadora habita en zonas marginadas,

donde reina el desempleo —un desempleo masivo, de cientos de millones sin contar semiempleados y subempleados.

El ingreso *per capita* es de treinta rupias mensuales en las ciudades y de veinte rupias en las zonas rurales, y aun este ingreso está distribuido de una manera muy inequitativa. El 70% de la población vive por debajo del nivel de supervivencia. En consecuencia, la lucha de la mujer está íntimamente vinculada al problema de la miseria.

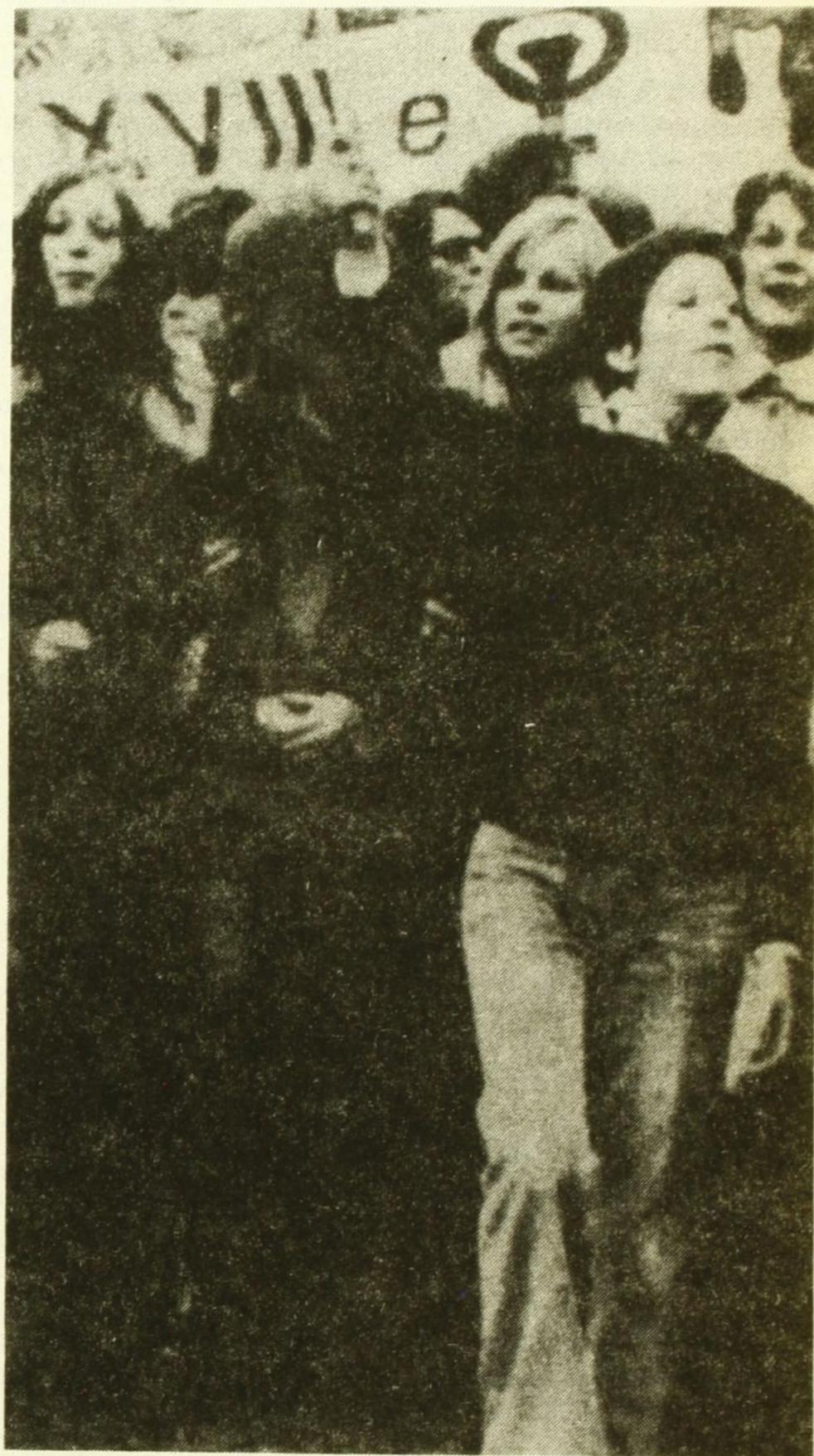
Por ejemplo, cuando se habla de violación en los tugurios de Dehli o de Bombay, siempre se la relaciona con la falta de servicios públicos. En ese sentido es ilustrativo el caso de una mujer que fue violada en un suburbio de Bombay, embarazada de cinco meses. Las mujeres protestaron por la violación pero, al mismo tiempo, denunciaron el hecho de que no había servicios sanitarios públicos, lo cual las obligaba a salir a hacer sus necesidades temprano por la mañana o durante la noche en cualquier parte y, como tampoco había alumbrado, en la oscuridad, exponiéndose a los ataques y al hostigamiento sexual. La carencia de agua potable, de servicios sanitarios, de luz, de baños está íntimamente relacionada con el problema de la violación.

Cuando las mujeres, aun las que participan en organizaciones de masas, proponen la discusión de tales cuestiones, no se quedan allí, sino que siguen con la opresión en el hogar, el maltrato a la mujer, el alcoholismo de los hombres, la violación dentro de la familia misma, etcétera y, como ya les dije, la forma que adopta la lucha dondequiera que estos problemas se produzcan, es la humillación pública del responsable. Esto, por cierto no sucede frecuentemente y menos de forma extendida. Se trata de pequeñas luchas locales, pero en sí es importante que existan.

Otro ejemplo, el incremento de los precios. A principios de la década del setenta, inmediatamente antes de la emergencia, poderosos movimientos contra el aumento de los precios se difundieron en grandes zonas del occidente de la India. Fueron las mujeres las que salieron a la calle a protestar por la carestía y las que abordaron el problema. La crisis económica es de carácter general, pero su efecto sobre la vida de las mujeres se hace sentir indudablemente de manera más drástica.

En las ciudades también se protesta en contra de la violencia sexual que, poco a poco, se ha convertido en un hecho de la vida cotidiana; contra las violaciones cometidas por la propia policía que se repiten cada vez con más frecuencia; contra los asesinatos que se cometen para poder cobrar dotes; contra la institución misma de la dote.

Los sindicatos, especialmente los de orientación izquierdista, y a pesar de sus propias limitaciones, se han sensibilizado paulatinamente a los problemas de la mujer trabajadora, por ejemplo, el tiempo de la incapacidad por maternidad, entre otros derechos. Pero no se ha hecho nada en gran escala. El movimiento sindicalista no pudo dar una respuesta eficaz a la reducción drástica del número de trabajadoras en las últimas décadas y fracasó cuando tuvo que ocuparse del despido ma-



sivo de mujeres. La reducción del empleo femenino tiene un efecto terrible en la vida de las mujeres. No sólo hay más miseria por la pérdida del salario, sino que las dotes aumentan correlativamente a la desvalorización de la vida de la mujer. Si alguien tiene que "deshacerse" de su hija, literalmente tendrá que sobornar a otro para que se la lleve. Esto no ocurría hasta hace unas cuantas décadas, al menos en lo que se refiere a la mujer trabajadora que trabajaba a la par del hombre y generaba ingresos económicos. El aumento de la dote y la devaluación de la vida de la mujer deben ser contemplados en este contexto.

Fiona: ¿Cree usted que ha aumentado la violencia contra la mujer?

Madhu: El movimiento feminista puso de relieve el hecho de que las mujeres habíamos sido víctimas de violaciones durante siglos. Siempre se ha practicado sistemáticamente la violencia contra la mujer bajo diversas formas, aun en aquellos tiempos en que la sociedad nos prodigaba el mayor respeto considerándonos diosas o deidades que rigen el hogar.

Juliette: Muchísimas mujeres participaron en el movimiento de desobediencia civil que acarrió la independencia de la India y el Congreso Nacional contó con un gran número de mujeres. Era razonable esperar, por lo tanto, al menos en teoría, que la igualdad realmente se dió en la práctica? ¿Qué han aprendido las mujeres de hoy en tu país de la lucha de las mujeres en el pasado?

Madhu: Apenas en la década de los años setenta las mujeres comenzaron a darse cuenta de que habían sido demasiado complacientes, que habían tomado demasiado en serio el mito de la igualdad e, inclusive, que era en parte por eso que sus derechos eran conculcados. Nos percatamos de que habíamos sido nosotras, las mujeres de la clase media, quienes habíamos contribuido a que se mantuviera el mito de la igualdad, convencidas de que las cosas iban bien porque había un 3.5% de mujeres en el sistema judicial, 2.5% en las fuerzas policíacas, 5.5% de mujeres médicas... Mientras que un puñado de nosotras sostenía el mito porque habíamos logrado fácilmente esas posiciones, a las mujeres de la clase trabajadora les sucedían cosas pavorosas. Nuestros derechos se habían ganado al precio de un empeoramiento de las condiciones de vida de la mujer trabajadora.

Las cifras son elocuentes: en 1901, por cada mil hombres, 525 mujeres participaban en la fuerza de trabajo del país; en 1971 la relación era de mil a doscientos. El efecto de la crisis se dejaba sentir en la vida de las mujeres de la clase obrera. Como las mujeres de la clase media accedían a de trabajo y disfrutaban de privilegios se pensaban que todo estaba bien. El hecho de que constantemente se despidiera a mujeres obreras, tanto en las zonas urbanas como en las rurales, fue algo que simplemente no vimos. Nadie conocía la situación hasta 1975, cuando se publicó el informe del comité sobre la situación de la mujer. Aunque éste era algo tibio, patrocinado como estaba por el Estado, surgieron a la luz una serie de cifras impresionantes.

También se produjo una brecha creciente en la tasa de mortalidad entre hombres y mujeres y, en particular, mujeres de la clase obrera. Otro tanto se aplica al analfabetismo; desde la independencia hasta la fecha ha crecido la brecha entre hombres y mujeres. La conciencia de esta situación desfavorable para las mujeres está en el surgimiento de un tipo nuevo de grupos en la India. Somos conscientes de que hemos llevado a cabo muchas batallas y de que lo hemos hecho olvidándonos de todo, pero también sabemos que si nos proponemos ampliar el horizonte de nuestra libertad no podemos hacerlo solas, ni lograr cambios estructurales únicamente



con nuestra fuerzas. Nuestra lucha debe vincularse estrechamente con la lucha de las mujeres trabajadoras de la India.

Fiona: ¿Podría decirnos algo acerca de tus ideas sobre la no-violencia?

Madhu: Cada vez estoy más convencida de la necesidad de implantar la idea de la no-violencia. Creo que las mujeres deben ocuparse de este asunto con el mayor énfasis; no sólo del holocausto nuclear, sino de la *cultura de la violencia* en general que, de hecho, es de tipo patriarcal.

En primer lugar, no sólo se trata de los crímenes que se cometen para cobrar dotes en la India (asesinatos de mujeres),

o de las mutilaciones genitales en Africa, sino también de la pornografía en occidente, diferentes maneras todas de ejercer actos de violencia sobre el cuerpo femenino, íntimamente relacionados entre sí, la mutilación de genitales femeninos puede ser muy horrible a los ojos de las mujeres occidentales, pero creo que no lo es más que el tipo de violencia que se ejerce contra las mujeres occidentales a través de la exhibición de sus cuerpos en los medios masivos de información para vender cualquier cosa, hojas de afeitar o llantas, o para satisfacer el simple placer *voyeurista* de la gente o su sadismo. Mi reacción ante esto es de horror; ese es uno de los choques culturales que más trabajo me cuesta absorber.

Pero, más allá de las guerras que hay en el mundo, existe una violencia, aparentemente inconsciente, que los hombres ejercen entre sí: asaltos, golpes, agresiones o, simplemente, la manera en que establecen relaciones entre sí. La vida se ha convertido en algo muy feo. Hay que insistir en la cuestión de la no-violencia, en el desarme. Hay que purgar a la sociedad de la cultura de la violencia que las invade.

Fiona: El Movimiento Independentista de la India insistió mucho en la no-violencia como una táctica de lucha. ¿Puedes decir algo al respecto?

Madhu: Pienso que la no-violencia no sólo fue una táctica sino algo más, un arma revolucionaria. Creo que es un error suicida de la izquierda haber subestimado su importancia, calificando respectivamente de "pacifismo". La no-violencia se llegó a usar como un arma revolucionaria muy poderosa. Para mí lo esencial de un movimiento revolucionario no es si posee la capacidad de atacar o de responder a ataque, sino que es mucho más importante saber si se trata de un movimiento de masas. Y con Gandhi y el movimiento nacionalista no sólo se puso énfasis en la no-violencia, sino en las masas. Cuando Gandhi hablaba de la no-violencia, miles y miles de personas lo apoyaban en la calle. En ese sentido él fue muy revolucionario.

Los grupos guerrilleros no son revolucionarios en sí, los secuestradores de aviones no son revolucionarios en sí: no hay nada revolucionario en el uso de la violencia misma. Depende del contexto en que ejerza la violencia y el uso que se le dé. La izquierda ha hecho de la violencia un verdadero fetiche al considerarla como una manera revolucionaria de hacer las cosas y creo que comete un error muy grave.

La no-violencia ofrece nuevas dimensiones a la participación de las mujeres en el movimiento. Desde el punto de vista histórico, nuestra idea de la no-violencia y el hecho de que invirtiéramos más energía en las actividades en favor de la vida que de la destrucción, en algún momento pudo llegar a convertirse en un elemento en contra nuestra. No quiero decir con esto que los hombres usaran la violencia y las mujeres se limitaran a tolerarla. Muchas mujeres aprendieron a resistir las agresiones masculinas, dentro y fuera de su familia. Creo que nuestra historia de resistencia, de resistencia no-violenta, es lo que llegó a convertirse en un arma poderosa política para el movimiento de masas.

Este nuevo enfoque facilitó la salida de muchas mujeres a

la calle. Gandhi era muy listo: se daba cuenta de que la mera presencia de las mujeres era una de las maneras más eficaces de evitar que el movimiento se disipara. Cuando las mujeres se encontraban en las primeras Líneas del movimiento nacional, la policía tenía que pensarlo dos veces antes de dispararles. Claro que desde entonces los métodos policiales han empeorado bastante... O bien la presencia de mujeres en las primeras filas podía llegar a impedir que los hombres que participaban en el movimiento cedieran a la tentación de ese tipo de ataque repentino, no pensado, que puede resultar tan contraproducente. En las marchas de protesta, por otro lado, la imagen de las mujeres representaba una gran fuerza moral para el movimiento.

Ali: Una última pregunta. Tú asististe a la Conferencia "*Beyond the fragments*" (Más allá de los fragmentos) en la que se trató de determinar qué tienen en común los distintos frentes de lucha feminista en Gran Bretaña. ¿Cuál es tu opinión sobre sus conclusiones?

Madhu: Me deprimió comprobar que no se incluía en el orden del día lo referente a los problemas raciales. Si de lo que se trata es de combinar el socialismo con el feminismo, la cuestión racial no puede estar ausente puesto que se sitúa en el centro mismo del problema. Ya es bastante alarmante que el feminismo en Gran Bretaña no haya incluido a las mujeres de la clase obrera, pero no lo es menos la aparición de otra tendencia, la de negar el racismo, o el imperialismo, como si no tuviéramos nada que ver con ellos; con el argumento de que son creación masculina —y, por lo tanto que son problemas que deben resolver los hombres— no los incluimos en nuestro temario de discusiones. El resultado: la despolitización del feminismo.

Otro tanto puede decirse de las armas nucleares. ¿Acaso porque han sido fabricadas por los hombres dejan de ser problema nuestro? El capitalismo y el patriarcado también son creaciones masculinas y no por ello dejamos de combatirlos. Al negar estas luchas el movimiento corre el riesgo de ignorar a los negros y a otros grupos más, lo cual no es nada bueno.

Yo tenía fe en el hecho de que el feminismo, más que ninguna otra fuerza, era verdaderamente internacionalista; pero la manera en que se desarrolla no lo confirma. El hecho de que las asiáticas, las negras o las originarias de las Indias Occidentales se hayan mantenido alejadas es algo que debemos revisar cuidadosamente. Así como la izquierda se vale del concepto de clase para golpearlos —para ella la lucha de clases es la respuesta a todo— dejando de lado a las castas y a las razas (actitud cuyos resultados están a la vista), el feminismo, al valerse únicamente del patriarcado para golpearlos, corre el riesgo de repetir los errores de la izquierda. Claro que hay que hablar del patriarcado, nadie lo pone en duda, pero también hay que referirse constantemente a los demás tópicos: el racismo y las demás formas que adopta la lucha de clases

Traducción de Nelly Wolf